

Recepción pública como académica de número
de la pintora

MERCEDES DEL VAL TROUILLHET

el día 21 de mayo de 1976

Contestación, en nombre de la corporación,
del académico de número

Ilmo. Sr. D. FRANCISCO JAVIER MARTIN ABRIL

VALLADOLID, 1976

MERCEDES DEL VAL TROUILLHET

Depósito Legal: VA. 222.—1976.

Gráficas Andrés Martín, S. A. - Juan Mambrilla, 9 - Valladolid

Señores Académicos:

En este día y en esta hora, que para mí serán inolvidables, quiero expresar mi honda gratitud a este hombre excepcional que nos preside con su jerarquía y con su generosidad, así como a los demás académicos por esta elección que tanto me honra y que no voy a decir que inmerecida, reconociendo, eso sí, que es demasiado grande para mi modestia.

Con respeto, amor y entusiasmo, pongo a disposición de la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción todo mi saber y entender, especialmente en el Arte de la pintura que cultivo desde toda mi vida.

Vengo a ocupar la vacante de mi antecesor, don Juan Martínez Cabezas, en cuyo sillón me sentaré muy complacida al saber que lo ocupó un gran músico, pues también yo, de niña, estuve metida en claves de sol y fa.

Don Juan Martínez Cabezas nació en Valladolid el año 1858.

La Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción, en junta general celebrada el día 5 de febrero de 1911 procedió a elegirle académico de número con destino a la Sección de Música.

Por Real Orden de 10 de diciembre de 1914, a propuesta de la Junta del Patronato del Museo Provincial de Bellas Artes de Valladolid, fue nombrado vocal de dicha Junta, en vacante producida por el fallecimiento de don Teodosio Torres López.

En fecha 18 de julio de 1918 la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción acordó crear una Escuela de Música, siendo incluido en el cuadro de profesores de la misma, que con carácter gratuito se habría de encargar de las enseñanzas correspondientes. Por acuerdo de la misma corporación y en la misma fecha es designado Secretario Contador de la Escuela, lo que se le comunica fehacientemente por su presidente don Luis González Frades.

En fecha 25 junio de 1919 recibe una comunicación de la referida Academia en la que se le felicita por su actuación como profesor de Música y el éxito conseguido por sus alumnos en los exámenes.

DISCURSO DE CONTESTACION A MERCEDES DEL VAL TROUILHET EN EL ACTO DE SU RECEPCION PUBLICA EN LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE LA PURISIMA CONCEPCION DE VALLADOLID

Señores académicos:

Me gusta ir derechamente a las cosas, de acuerdo con los consejos de los más claros y ceñidos maestros de la literatura castellana y, por lo tanto, en estos momentos, sin preámbulos ni rodeos, yo debería empezar a hablar de la personalidad pictórica, sin olvidar su humana personalidad, valga la redundancia, de Mercedes del Val Trouillhet, la primera académica que ocupa un sillón en esta venerable corporación: la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima Concepción de Valladolid.

Pero me parece obligado decir, en nombre de mis compañeros y en el mío propio, con la venia del señor presidente, que esta Real Academia se siente muy honrada al recibir en su seno a una pintora de Castilla, de nuestra Castilla «áspera y espléndida», yo creo que más espléndida que áspera, dentro de sus rigores: una pintora que viene dándonos desde hace no pocos años con las delicias de sus cuadros una interpretación a la vez valiente y apacible de nuestro paisaje; es decir, una interpretación personalísima del perfil, el aire, la luz, el color y la profundidad de este dintorno al que llamamos Castilla y que si, por ser dintorno, está delimitado por un contorno, por ser región en la que predomina la luz sobre la tierra, es algo que se nos escapa de las fronteras de una definición concreta, geográfica e histórica, para elevarse, dorsianamente, de la anécdota a la categoría, convirtiéndose así en un valor, en un concepto, en un sentimiento, también en un ideal; en un algo, en suma, que sabemos lo que es, pero que no acertamos a expresar lo que es.

Tengo que hablar necesariamente de pintura. Grave problema. Porque he de confesar paladinamente que yo no sé nada de pintura, aunque me guste mucho la pintura, cuando las pinturas me gustan, lo cual no ocurre siempre. Y hablar de un tema cuyos secretos ignoramos, no deja de ser un atrevimiento, una audacia, si quieren ustedes, o, si a ustedes les parece, una insensatez de tomo y lomo. Pero no tengo más remedio que correr el riesgo de divagar, haciendo equilibrios, en torno a la pintura de Mercedes del Val, por haberlo querido así nuestra ya ilustre compañera, dejándose llevar del afecto,

y haber aceptado mi modesto nombre la corporación que me acogió en su ámbito, en el año 1948, más por generosidad de sus miembros, que por los escasos méritos del que ahora tiene el honor de dirigiros la palabra. Soy un poco como el abogado de oficio, que se ve en el aprieto de defender la causa de turno, aunque la verdad es que la causa de la flamante académica se defiende por sí sola, con las hermosas credenciales de sus cuadros —y ahí está una excelente muestra de su extensa e intensa obra— que sin hacer ruido, porque la pintura es un arte silencioso, nos hacen señas de luces y de sombras, de colores y de lejanías, como si quisieran decirnos, sin palabras: «Yo no digo esa canción—sino a quien conmigo va.»

Cuando en el año de 1945, el «Iris-Verlag» de Berna le pidió a Ortega que escribiese unas páginas sobre Velázquez, que fuesen como los pies de los cuadros reproducidos, el filósofo culturalista contestó que él no era historiador del arte y que en cuestiones de pintura su conocimiento era ínfimo. El editor insiste, diciendo a Ortega que su deseo era precisamente hacer hablar sobre Velázquez a un escritor ajeno al gremio de los entendidos en historia artística. Y Ortega, en efecto, escribió unas páginas muy agudas que respondían a este lema: lo que un hombre algo meditabundo puede decir sobre un asunto de que profesionalmente no entiende.

Yo, salvando las distancias, diré lo que decía Ortega en aquella ocasión: que ante la pintura no he sido más que un transeúnte.

Transeúnte de cuadros de Castilla, luminosa Castilla verde y oro de Mercedes del Val, yo me sentía incitado a sacar palabras de aire, la palabra en el tiempo del paisaje, para expresar con sílabas contadas el silencio elocuente de esos lienzos de la amable pintora castellana, agradable pintura siempre, y clara, que un vendaval de sugerencias limpias, limpias de polvo y paja, levantaban en mí los ventanales de Mercedes, la realidad transfigurada en arte, en formas y colores, en matices, en luz y sombra, en mágicas llanuras, entre pinos al sol, que poco a poco se irían retirando de la escena, para dar paso a limpias suavidades, ya en equilibrio casi de concepto.

¿Cómo son los colores de los cuadros de Mercedes del Val? No se definen, no pueden definirse los colores. Y es menester rodeo de metáforas. Es decir, maniobra de poetas. Azul: color de cielo despejado. Verde: semejante color al de la hierba, la hierba fresca, la esmeralda limpia. Amarillo: color como el del oro, del limón, de las flores de retama. Violeta: color morado claro. Y morado: color de violeta, entre carmín y azul, miren y vean.

La pintura de Mercedes del Val parece, me parece a mí, que viene a demostrarnos sobre la marcha aquella clasificación que hace de las Bellas Artes, Adolfo Hildebrand, tan garbosamente comentado por Eugenio d'Ors. Decía el famoso escultor alemán que la pintura ocupa entre las Artes, la zona central. En la parte de acá, más abajo, están la escultura y la arquitectura. En la parte de allá de la pintura, «en

zona progresivamente romántica e inconcreta, caen la música, la poesía tal vez, los dominios en que lo expresivo y su función preponderan.» Puede la pintura acercarse a la música y a la poesía, por arriba, y a la escultura y a la arquitectura por abajo. Todo ello, sin salirse del mundo de las formas. Y así tendremos, dorsianamente, el mundo de las formas que vuelan y el mundo de las formas que se apoyan. Yo creo que la pintura de Mercedes del Val consigue el «milagro» de hacernos dudar, al contemplar sus paisajes, si éstos son alas o raíces que, si a veces nos dan la impresión de volar, a veces nos procuran la sensación de un maravilloso aplomo.

Pero esta obra de nuestra pintora, hoy ya en la altiplanicie de una madurez juvenil y jovial, una meta con mucho horizonte por delante —y ello quiere decir que la pintora aspira siempre a «un más» y a «un mejor»—; esta obra, digo, es el resultado de una vida tensa e intensa, que se inicia o se anuncia en una infancia tocada por eso que llamamos «afición», «afición» que inexorablemente se va acentuando, para encauzarse en la autenticidad de la «vocación», en este caso «vocación de amor», como diría Marañón, que no es sino un misterioso llamamiento.

Empieza el riguroso trabajo. Empieza la disciplina. La niña maneja con asombrosa agilidad los lapiceros. Y a la vez que estudia solfeo —otro tirón del arte—, recibe las primeras lecciones de dibujo, profesadas éstas desde Madrid, y ya, con una seriedad bien ceñida. De su primer profesor, Timoteo Pérez Rubio (Medalla de la Nacional de Bellas Artes), aprende la educación de la mano y de la vista. Hay que saber colocar la mano para trazar líneas en las más diversas direcciones, ya con tinta china, ya con pincel, y hay que saber mirar para realizar dibujos tomados del natural.

Con su segundo profesor, José Picó, ya en los años de la posguerra, se adiestra en el conocimiento a fondo de la perspectiva. Es preciso acertar a encontrar «la línea de horizonte», ya que sin ello no se puede pintar del natural un paisaje, un interior, una casa, una cortina de árboles. Parece que esta lección, según confesión de la pintora, fue muy árida. Pero se trataba de una lección imprescindible.

Momentos de titubeo. Horas de tanteo ante los posibles caminos pictóricos. Queremos a veces ser varias cosas al mismo tiempo: «¿Mar desde el huerto, huerto desde el mar? ¿Ser el que pasa cantando, oírlo desde lejos cantar?» ¿Se dedicaría Mercedes del Val a la pintura publicitaria? Hay que elegir. Hay que abandonar posibilidades. Hay que limitarse. Y nuestra pintora, con un instinto de buena puntería, se decide por el paisaje. Se centra y se concentra su pintura en el paisaje, concretamente en el paisaje castellano. Este paisaje, con muchos paisajes dentro, había sido contemplado por la pintora desde los años de su niñez, cuando recorría nuestros campos en el Ford de su padre, una mañana y otra mañana, una tarde y otra

tarde, hasta el punto de que bien podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que el aire de Castilla, con sus luces y sus tonos, según las estaciones y según las horas, penetró en el alma de Mercedes, para formar parte de su persona y de su personalidad.

He aquí unas tierras difíciles. Dificiles ¿por qué? Por la sencilla razón de que este paisaje sólo se entrega a quien sabe mirarlo, no sólo en su faz externa, su superficie, sino en ese algo que hay detrás, más allá, flotando en el aire, temblando en la luz, y que se reflejará, de alguna manera, en la obra de la pintora. «El hombre en el campo es—pequeño y triste», cantaba el poeta. Mercedes se siente pequeña en nuestras llanuras, pero nunca triste, acaso alguna vez dulcemente nostálgica, y se empeña en dominar de algún modo la inmensidad que la rodea. Y poco a poco, día tras día, va colonizando pictóricamente el paisaje que la vio nacer.

No tiene preferencia, ya dentro de nuestro paisaje vallisoletano, por un pueblo, por un trozo de tierra determinado, como otros pintores. Todo el suelo que ella pisa y todo el vuelo que se eleva sobre el suelo, pertenece a su amada provincia, la provincia de su ciudad, Valladolid, de la que nunca se alejará definitivamente —tan sólo en viajes circunstanciales—, a sabiendas —eso afirma la pintora— de que esta firme decisión recortará las alas de su carrera artística. Sin embargo, yo creo que este querer permanecer en su raíz, en lo que es suyo por origen y por conquista, otorga a la pintura de Mercedes del Val, precisamente por la condensación de su fuerza de verdad, una especie de universalidad bien cimentada. El poeta escribirá en una de sus máximas: «Pie en la patria casual o elegida; corazón, cabeza en el aire del mundo.»

Pinta Mercedes del Val las calles y las eras de Zaratán; las lomas de Geria con las nubes transeúntes de sus rebaños; Tordesillas, con las piedras de oro viejo de sus torres reflejándose en el Duero; Sieteiglesias, con los trineos de sus trillos a pleno sol y sus colinas refrescadas por los zumos rosa del atardecer; Alaejos y sus surcos geométricos; Urueña, con la muela de su castillo y el cinturón de sus murallas, desde donde se divisan llanuras fascinantes; Tudela de Duero y el júbilo de sus vendimias; los pinos de Traspinedo, Olmedo, El Pinar de Antequera, Viana, Mojados... Cuelga la pintora estos cuadros en exposiciones individuales o colectivas, y ya Madrid y otras ciudades de España conocen la belleza de Castilla la Vieja —la hermosura no fácil de los campos vallisoletanos—, interpretada con la caligrafía siempre clara y agradable de nuestra ilustre compañera.

Mercedes del Val empieza a sobresalir en las exposiciones de la Obra Sindical de Educación y Descanso. Aquí, en nuestra ciudad, obtiene, muy joven, un quinto premio. Mas en Madrid —Tercera Exposición Nacional de Arte de Educación y Descanso—, gana una tercera Medalla, con su cuadro titulado «Caserío», que llama la atención entre casi mil obras. Era un jurado de nombres dorados: Mar-

celiano Santa María, José Francés, Enrique Azcona y Manuel Sánchez Camargo.

1946: Primer Salón Femenino de Bellas Artes de Madrid. En él, un cuadro de Mercedes. «La visita al Salón Femenino de Madrid —escribía Luis Calabia— nos deparó una sorpresa. Nuestra paisana Mercedes del Val presenta un paisaje prototipo de la Castilla húmeda. Jugoso cuadro de invierno incipiente. El avance de esta muchacha en pocos años la coloca en situación de afrontar esa técnica de colorido a que aludíamos. De sus primeros cuadros a éste hay muchas leguas de distancia. El estudio y el entusiasmo todo lo pueden.»

Primera exposición individual de Mercedes del Val —1947— en la sala del Palacio de Santa Cruz. Muchos visitantes. Los críticos coinciden y todos vienen a decir lo mismo: en la joven artista hay una auténtica pintora de Castilla. En su obra destacan la luz, la profundidad y el trazo vigoroso.

A partir de este momento, la pintora luminosa de Castilla expone periódicamente, ya en muestras individuales, en Madrid y en otras capitales españolas de rica vena cultural.

Citemos —biografía externa de urgencia— la Exposición de Paisajes Españoles en la Galería Pereantón, de Madrid, organizada por la Asociación Nacional de Pintores y Escultores, a cuya entidad pertenecía Mercedes desde el año de 1945. Las gozosas ventanas que son los cuadros de la pintora vallisoletana se codean con las pinturas de Carlos Haes, Chicharro (hijo), Eduardo Martínez Vázquez, Francisco Botey, María Revenga, Francisco Núñez Losada, Bernardino de Pantorba, etc.

Tercera Exposición Nacional de Arte Taurino, celebrada en Córdoba. El cuadro «Encierro en los Sanfermines», firmado por Mercedes del Val, atrae las miradas de los atentos contempladores. Fue colgada esta obra en Sala Brillante, con Daniel Vázquez Díaz al frente, entre lienzos de Amparo Palacios, Echevarría, Solís Avila, Félix de Frutos... Obtiene Mercedes una Mención Honorífica.

Exposiciones de Arte «Casino de Salamanca», y los Salones de Otoño de Madrid y Sevilla. En el Salón de Otoño de Madrid consigue Mercedes, sucesivamente, la Tercera, la Segunda y la Primera Medalla.

Y ya, la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. En ella, entre las firmas de Pedro Mozos, Francisco de Echaz, Benjamín Palencia, Francisco Lozano, Justa Pegés, Francisco Arias, Joaquina Vaquero Turcios, Juan Vila Puig, la firma, ya con peso específico, de Mercedes del Val.

Queda finalista en el Séptimo Concurso Medalla «María Vilaltella», de Lérida, y expone con éxito, asimismo, en el Grupo «Velázquez» de Madrid, y en el Segundo Certamen Nacional de Dibujo «Pancho Cossío» de Santander, en la Galería «Lázaro», de Madrid, en las Bienales de Pintura «Ciudad de Zamora».

Termina aquí, sin terminar del todo, porque en el avanzar del

arte pervive siempre la huella nostálgica del pasado; termina aquí, decimos, la primera época de la pintura de Mercedes del Val.

La pintora se retira al desierto de su intimidad observadora y fecunda, acaso cierra los ojos para ver más y mejor, como el Greco cuando se encerraba entre cuatro paredes, evitando el sol radiante de una primavera romana o las luces hermosamente gritadoras de Toledo, y en ese alto en el camino le va naciendo a Mercedes una nueva modalidad para sus paisajes de Castilla. Otros pintores también cambiaban de fórmulas por ese tiempo. Pero nuestra pintora, en esta coyuntura de alta fiebre, no sabe en un principio cómo modificar su estilo. Seguirá pintando Castilla. ¡Ah!, dando a Castilla otra interpretación, otro aire, otro espléndido y dolorido sentir. Castilla, en las primeras horas del día, se manifiesta con una serena belleza, lo cual hiere a la pintora. Habrá que pintar Castilla así, buscando tan sólo su color. ¿Y la luz? Será ya una luz suavizada, sin apenas contrastes, sin aristas cortantes, sin claroscurios. Es ésta la Castilla del esbelto sosiego, de las sugerencias en vilo, de lo esencial pictórico.

Estamos en presencia de una obra depurada, de una Castilla expresada con la menor cantidad posible de elementos, aunque estos aparentemente pocos elementos entrañan una complicadísima red de pinceladas, en cuyo secreto está la pintora, poniendo toda la sabiduría de su oficio al servicio de un equilibrio sencillamente maravilloso.

Son muchos los críticos de arte, poetas y escritores que han elogiado la obra de Mercedes del Val. Mercedes, con la humildad de las almas selectas, agradecía siempre los juicios y las impresiones de estos seres humanos defensores de la belleza. Declara la pintora que la belleza fue creada por Dios y recreada —continuada— por unas cuantas mentes elegidas. Reconoce nuestra compañera que sus talentos son donación gratuita del Ser supremo, y ella sabe que tiene la obligación de utilizarlos, sin dejarlos inéditos; y de utilizarlos sin precipitación y sin pausa, más que para ganarse el pan de cada día, para ganarse el fervoroso enamoramiento de cada hora. Es deseo de Mercedes del Val que figure en estas mis pobres y torpes palabras, una pincelada de emoción, como gratitud a los consejos esforzados, orientadores y entrañables de su padre, quien en más de una ocasión tuvo que impulsar a la pintora para que continuara en el largo y difícil camino del arte, y esto ocurría cuando su padre la veía sumida en el desaliento. En estos períodos de desolación de la artista, semejantes, salvando las distancias, a los de los místicos, la mano de su padre, ya hoy en la otra orilla, la empujaba como un viento inexorablemente eficaz.

Entresaco algunas frases de algunos de los juicios que ha merecido la obra de la pintora de nuestro paisaje:

«La simplicidad cromática de los paisajes, es una de las mejores

virtudes en la obra de la pintora Mercedes del Val.» (José Camón Aznar.)

«Mercedes del Val extrae al paisaje castellano perfiles y calidades poco frecuentes en la pintura figurativa.» (Antonio M. Campoy.)

«Es un regalo extraordinario esta exposición de esta pintora castellana. Mercedes del Val, que va escribiendo su propia historia con esos afanes juveniles que viven en la tierra, pero que tienen sus sueños más allá de las nubes.» (José Prados López.)

«Dijérase que Mercedes del Val enjugara con sus lienzos el rostro fatigado de una Castilla vencida, a punto de verdecer; el rostro de la Castilla más humana, más real, más escondida.» (Antonio Corral Castanedo.)

«La evolución de Mercedes del Val o, mejor, la depuración a que que ha llegado, es extraordinaria e indica la gran maestría de una artista veterana.» (María Teresa Ortega Coca.)

«Solemne serenidad que está también presente en los lienzos que ahora ha traído a Madrid. Una serie de una pintora en plenitud de su arte. Un arte honesto siempre, sincero, puro.» (Federico Galindo.)

Otras firmas que avalan la paisajística de Mercedes del Val, sin que pretendamos agotar la nómina: Mariano Tomás, Manuel Sánchez Camargo, Antonio Cobos, José de Castro Arines, José Vellver Cano, Antonio del Valle, Alfredo R. Antigüedad, Figuerola Ferreti, Julio Trenas, Guillot Carratalá, Angel Lera de Isla, Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña, Félix Antonio González, Enrique Gavián...

Los viajes por Europa de Mercedes del Val —Francia, Países Bajos, Italia—, otorgan a su pupila nuevas luces, pero nuestra artista se reafirma, superándose, en el camino de su Castilla.

Mercedes ha sabido ver Castilla, a fuerza de un mirar embelesado. Pinos, más pinos, verdes y más verdes, oros más oros, contraluz, contrastes, primaveras poéticas, fragantes y veranos de parvas incendiadas, todo en pincel de verso bien medido, sin perder insistencias de perfiles ni detalles joviales transparentes.

Yo diría, acogiéndome a agudezas de escritores autorizados, que la primera época de Mercedes del Val es lírica en verso. «Al ver este oro entre el pinar sombrío, me he acordado de mí tan dulcemente, que era más dulce el pensamiento mío que toda la dulzura del poniente.» Mas el mismo poeta de este poema, Juan Ramón, quiso en varios momentos rehacer toda su obra lírica y escribirla en prosa, para que sólo quedase lo esencial lírico, ya sin encuadración musical. Hubiera sido una locura. Pero su deseo, algo, mucho, nos descubre.

Ortega afirmó que la prosa es la forma de madurez a que el arte llega tras largas experiencias de juego poético. En la narración de Pitigrilli «El jardín de los poetas», se dedican éstos a rizar el rizo de la expresión lírica. Era necesario buscar una forma más libre y más amplia, para poder expresar el pensamiento tal y como se forma

en el cerebro, y la belleza tal y como brota del corazón, sin reducirla a moldes prefijados. «Y así aconteció que en aquella época cierta, tan por encima del tiempo, en la que Géraldy y Catulo paseaban sobre los asfódelos hablando de amor, un grupo de poetas, más inspirados que todos los demás, embriagados por el deseo de contar, sin deformarlo, su propio sueño, hicieron el más genial, el más poético de todos los inventos. Inventaron la prosa.»

Déjenme ustedes decir que la pintura de la segunda época de Mercedes del Val —en especial sus más recientes cuadros—, es algo así como una pintura en plena madurez de prosa lírica: una pintura exenta de artificio, una pintura casi eterna de esencialidades espléndidas, alegres, claras, estimulantes, cuya contemplación nos invita a un silencio fecundo y a una música callada.

Pero resulta que esto, «milagrosa» contradicción, se dice mejor en verso: «¡No le toques ya más, que así es la rosa!» ¿Qué podemos decir frente a ese paisaje transfigurado de Mercedes del Val? «Quédeme y olvidéme...»

HE DICHO.

Valladolid, 5 abril 1976.